



e-l@tina

Revista electrónica de estudios latinoamericanos

[e-l@tina](#) es una publicación del
Grupo de Estudios de Sociología Histórica de América Latina ([GESHAL](#))
con sede en el
Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe ([IEALC](#))
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de Buenos Aires

La sociología histórica, una respuesta a un desafío: explicar estructuras y procesos complejos comparables en el tiempo

María Leonor Milia

Profesora Asociada en Sociedades Mediterráneas y Profesora Adjunta en Historia Americana II, Facultad de Humanidades y Ciencias, Universidad Nacional del Litoral (Santa Fe, Argentina).

Recibido con pedido de publicación: 19 de enero de 2008

Aceptado para publicación: 31 de junio de 2008

Resumen

La sociología histórica, una respuesta a un desafío: explicar estructuras y procesos complejos comparables en el tiempo

El mundo actual exige al conocimiento nuevas formas de integración, que permitan superar la tensión entre su necesaria especialización y los riesgos de su fragmentación.

En el campo de las ciencias sociales, la Sociología Histórica procura dar respuesta a esta problemática. Es una disciplina híbrida, que participa de dos lógicas explicativas: la de la sociología y la de la historiografía, cuya integración coherente admite diversas posibilidades y matices. Ambas comparten las características del lenguaje que utilizan y del tipo de aserciones que hacen sobre su objeto de estudio.

El campo de trabajo de la Sociología Histórica analiza problemas complejos, que se sitúan en espacios diferentes y en extensos períodos de tiempo. El método comparativo es una herramienta fundamental, que le permite formular y verificar hipótesis. Su utilización exige rigurosidad y precisión, apoyada por medios de control. La Sociología Histórica tiene hoy en su agenda de trabajo el desafío de comprender sistémicamente el mundo: “integrar grandes estructuras, amplios procesos e inmensas comparaciones en la historia” (Charles Tilly).

Palabras clave: Sociología Histórica; campo de trabajo; método comparativo.

Summary

The historical sociology, a response to a challenge: to explain complex structures and processes comparable over time

The current world demands to the knowledge new forms of integration to overcome the tension between its necessary expertise and the risks of its fragmentation.

In the field of social sciences, Historical Sociology seeks to answer this problem. It is a hybrid discipline which involves two explanatory logics: that of sociology and that of historiography, which coherent integration supports various possibilities and nuances.

Both share the characteristics of the language they use, and the type of assertions that they do on their object of study.

The field work of the Historical Sociology analyzes complex problems which are located in different spaces and extended periods of time. The comparative method is a fundamental tool which allows formulating and verifying hypotheses. Its use requires thoroughness and accuracy, supported by means of control. Today, Historical Sociology has in its work agenda the challenge of understanding the world systemically "to integrate big structures, large processes and huge comparisons in history" (Charles Tilly).

Keywords: Historical Sociology; field work; comparative method.

La complejidad del mundo presente, envuelto en un tiempo histórico acelerado, instala a cada momento horizontes nuevos, de los que emergen cuestiones casi imprevisibles poco tiempo atrás. Mientras el conocimiento se constituye en una exigencia en todos los ámbitos del hacer, la investigación científica se ve impulsada hacia procesos de especialización creciente que afectan a todas las disciplinas, inclusive en su propia interioridad. En la construcción del saber se despliega una secuencia de instancias en tensión: la especialización se torna más urgente pero a la vez entraña el riesgo de fragmentar el conocimiento y por tanto, de bloquear la integración de lo parcial en un conjunto significativo.

En el campo específico de las ciencias que estudian y problematizan lo social, y frente a la caída de los grandes paradigmas explicativos, se insinúa la tentación de renunciar a dotar de sentido a la realidad, aspiración ésta siempre compleja pero también frecuentemente añorada por los humanos a través de la historia.

La necesidad de dar salida a esa tensión, de aproximarse a la comprensión del conjunto, moviliza en cada área esfuerzos por rearticular los fragmentos del saber en un cuadro más abarcativo. No sólo lo requiere la mayor complejidad de los conocimientos sino también la realidad social en la que se producen. El devenir histórico hoy plantea problemas de múltiples facetas, que no pueden ser explicados desde el campo supuestamente acotado de una única disciplina ni desde una mera superposición de miradas o una sumatoria de trozos de información.

Es así que se abren espacios que sólo pueden ser abordados desde aportes coherentemente combinados provenientes de más de una disciplina. Se generan y configuran campos compartidos, que podemos llamar 'híbridos',¹ en tanto sus componentes provienen de diferentes orígenes, pero que una vez articulados adquieren un enorme potencial para sacar problemas a la luz, formular hipótesis, y consecuentemente constituir nuevos horizontes posibles en el avance del conocer.

En esta aventura de "descubrimiento" cobra importancia el trabajo "en los bordes", esas zonas poco acotadas y no siempre bien definidas, franjas marginales de las disciplinas y/o terrenos en los que compiten, se tocan o superponen, pero donde encuentran también más libertad de movimientos en la búsqueda de caminos que conduzcan más allá de los saberes ya "consagrados", esos que han alcanzado un estatus de institucionalización y firmeza susceptible de ser cuestionado, aunque a menudo difícil de remover.

"Los bordes" son también un terreno en que se sitúan personas. Ningún investigador es inmune a los requerimientos de la sociedad y del tiempo en que vive. Lo haga o no consciente, es la experiencia del vivir socialmente, contenedora de procesos individuales y colectivos de recepción del bagaje cultural, la que crea los estímulos para identificar problemáticas, plantear preguntas, iniciar caminos de investigación que generen explicaciones para validar las hipótesis. Investigadores y equipos sensibles a las incógnitas que emergen de esas zonas algo nebulosas, generan rupturas que sólo más tarde lograrán reconocimiento en círculos académicos más amplios. Otros tiempos más largos serán necesarios para construir eslabonamientos que estimulen cambios en ámbitos extra académicos.

¹ El calificativo es pertinente siempre que se lo despoje de aquella connotación asociada a la cruce entre ciertas especies, de la que resultan seres incapaces de reproducirse y de generar otros nuevos. En el presente caso, el término se resignifica, ya que se refiere a las posibilidades creativas que abren esos nuevos campos de estudio.

Esta situación pone a las ciencias sociales² frente al desafío de interpretar una realidad inestable y permanentemente sacudida por los desajustes en el sistema capitalista, un sistema-mundo que ha globalizado las relaciones de poder, las fuerzas productivas, los intercambios comerciales, los intereses financieros, los medios de comunicación, las aspiraciones y modalidades (reales o potenciales) del consumo y del comportamiento masivos. También ha profundizado la destrucción de los recursos naturales, la fragmentación social, la exclusión e impotencia de vastos espacios y de multitudinarios actores sociales frente a las necesidades más básicas; ha desatado enfrentamientos atravesados por identidades étnicas y cargados de violencia material y simbólica. Todos son fenómenos complejos cargados de una conflictividad expresada en procesos que a menudo parecen incontrolables.

En este contexto a veces incierto y dentro del amplio espacio de las ciencias que estudian “lo social”, la *Sociología Histórica* se sitúa como una disciplina híbrida en uno de esos territorios compartidos. Apunta a “[...] un campo de conocimiento que se construye uniendo, en la explicación, dos lógicas analíticas, la de la historiografía y la de la sociología. Un problema histórico se construye a partir de la lógica de los acontecimientos, incluso de los procesos acaecidos en determinados tiempo y espacio. Un problema sociológico, en cambio, es generado a partir de un aparato conceptual.” (Ansaldi, 2007: 3)

He aquí una primera aproximación a cuestiones centrales estrechamente relacionadas: la conformación del campo de trabajo y del objeto de estudio, la definición de la metodología y el examen de los conceptos en tanto herramientas para el análisis.

Historia y sociología observan lo social desde perspectivas metodológicas contrastantes. En sus mejores manifestaciones se han enriquecido mutuamente a través de relaciones no siempre asumidas con plena conciencia, pero a menudo también se han encerrado en visiones autosuficientes y han recorrido senderos que no se cruzan. Los historiadores son menos propensos a las generalizaciones, mientras que los sociólogos muestran una tendencia opuesta y a veces llegan a prescindir de la consideración del tiempo. Ambas disciplinas aportan a la conformación del objeto de la sociología histórica y a su metodología, aunque puedan plantearse diferentes alternativas de integración entre ellas.³

Como toda disciplina, la Sociología Histórica necesita herramientas de trabajo. La metodología comparativa es una de las más relevantes; los fenómenos en estudio requieren la identificación de las variables a comparar, tanto las que obran como parámetros comunes como las que los diferencian unos de otros. Como condición previa, exige la precisa definición de los conceptos analíticos y del grado de abstracción con que se los pretende utilizar en la investigación, como requisitos para que contribuyan a develar el problema en cuestión y se controlen los riesgos de distorsión en la interpretación.

En la construcción del campo de estudio que hoy aborda la Sociología Histórica, notables precursores, tanto sociólogos como historiadores, han abierto rumbos. Los grandes fundadores de la

² Las ciencias sociales definen su objeto de estudio y su metodología desde finales del siglo XIX y lo continúan haciendo hasta hoy. Analizar los procesos previos a su conformación y precisar el aporte de muchos prestigiosos antecesores, significaría remontarnos en la larga duración a un pasado histórico en el cual se fue construyendo la tradición a la vez empírica y racional del pensamiento científico, mientras que – en el ámbito de eso imprecisamente llamado “Occidente” – se fueron construyendo y rompiendo paradigmas, desde el saber ‘universal’ de los primeros filósofos, hasta los saberes especializados de las ciencias y las técnicas en nuestro mundo contemporáneo. El objeto a investigar (la unidad de lo social) requiere la especialización en las disciplinas, pero ya no pueden volver a estadios anteriores de independencia. Los compartimientos estancos se están disolviendo desde las últimas décadas del siglo XX.

³ Al hablar de “historia”, en los respectivos contextos se intenta dejar en claro el sentido de la distinción conceptual entre la disciplina histórica (la que practica el historiador y da como resultado su producción historiográfica) y la historia como proceso en el cual los seres humanos son socialmente sujetos y actores.

sociología -Karl Marx, Max Weber, Émile Durkheim- ya incorporaron la mirada histórica, necesaria para comprender los procesos sociales y dentro de ellos, las relaciones entre estructuras y acción. No en vano sus vidas, situadas en países directamente involucrados en los grandes procesos de la revolución industrial y de la expansión del capitalismo, han constituido experiencias que estimularon sus respectivas reflexiones y contribuyeron a moldear sus respuestas.

Sería imposible inventariar tanto lo que hay de historia en sus trabajos, como sus aportes a historiadores que los estudiaron e incorporaron problemas y categorías al diseño de su propio enfoque historiográfico y a sus investigaciones. Bastaría señalar como ejemplos, en el caso de Marx, las polémicas generadas en torno a los modos de producción, las clases y sus conflictos en las diferentes etapas y escenarios de la historia, las discusiones acerca de la transición del feudalismo al capitalismo y más tardíamente, del esclavismo al feudalismo. En Weber, sus estudios sobre el agro romano o sobre la ética protestante en los orígenes del capitalismo, así como su concepción de los tipos ideales como herramientas de análisis, piezas fundamentales en su construcción de una metodología comparativa.⁴

En el planteo de Durkheim, la disciplina histórica es proveedora del indispensable material que la sociología utiliza para conocer regularidades y si fuera posible, leyes, de manera que la primera queda subordinada a la segunda: el estudio de las sociedades históricas busca hacer evidentes, bajo la multiplicidad de datos empíricos, las regularidades estructurales. Su sociología, en una perspectiva evolucionista, se propone un estudio comparativo de las instituciones.⁵ Su orientación al comparativismo - difundida a través de la revista *L'Année Sociologique* - tuvo un importante peso en la formación intelectual de Marc Bloch, Lucien Febvre, y en general, en los miembros de la escuela de los *Annales*. Sin embargo, siendo estos profundamente historiadores, la comparación que permite detectar regularidades en largos procesos temporales nunca los llevó a suponer leyes que los rigieran ni les ocultó la existencia de las especificidades de cada caso y cada proceso.

Por otra parte, en los grandes renovadores de la historiografía que trabajaron en el siglo XX desde poco antes de los años treinta (inicialmente desde una ubicación marginal) penetró profundamente la convicción de que su objeto no se constituye con el relato de la mera sucesión de acontecimientos y de vidas individuales - como en la 'historia historizante' - sino que atiende a las grandes estructuras sociales y económicas, a las amplias configuraciones de las civilizaciones, construidas en procesos de ocupación y diseño del espacio geográfico, atravesados por la temporalidad. La sociología, la geografía, la lingüística, la antropología, tuvieron mucho que ver con estos replanteos. La historiografía detecta tendencias en la sociedad, registradas en largos procesos -

⁴ Un ejemplo en la historiografía es la obra de Moses Finley (1912-1988), historiador estadounidense radicado a partir de 1954 en Gran Bretaña a raíz de la campaña desatada por Mc Carthy. Buen conocedor de la escuela de Frankfurt y de Karl Polanyi, impulsó un replanteo de los estudios sobre la Antigüedad grecorromana, hasta entonces estrechamente asociados a la filología. En su análisis social - especialmente luego de la segunda guerra mundial - es notable la influencia de Weber. Descarta la concepción marxista de 'clase' y da prioridad a los conceptos de 'orden' y 'status'. En lo metodológico utiliza el 'tipo ideal' como herramienta comparativa, asociada a una abundante ejemplificación histórica, en una línea de análisis que ahonda en el detalle significativo que vincula lo típico con lo particular. Retoma el concepto de 'ciudad antigua' (que Weber había caracterizado como 'ciudad de consumo', diferenciada de la ciudad medieval y de la ciudad industrial), lo coloca en el marco significativo de la economía y la política de la Antigüedad y lo transforma en un instrumento de análisis que permite identificar las especificidades del mundo grecorromano (Finley, 1984a: 48-51). La metodología comparativa también subyace en una de sus últimas obras, "Esclavitud antigua e ideología moderna", en la que se advierte un acercamiento al marxismo, pero no por cierto a sus versiones dogmáticas.

⁵ La concepción de Durkheim y de sus seguidores, se enfrenta tanto con la de la "historia historizante" (que pretende reconstruir los hechos "tal como sucedieron" en una sociedad determinada), como con aquella que construye modelos abstractos para interpretar la realidad empírica. (Burguière, 2005: 214-215).

algunos paralelos y análogos, comprensibles a través de la dialéctica cambio/duración - pero no pierde de vista lo específico, lo diferente.

La labor de Marc Bloch, pionero en la Escuela de los *Annales*, es clave: estamos dentro de la historia, pero en una concepción en que la disciplina rompe fronteras, diversifica y amplía sus fuentes y métodos, mientras se abre a todo conocimiento que le posibilite una comprensión más amplia de “lo que hacen los hombres en el tiempo”. Su entusiasta defensa del método comparativo, en una utilización a la vez precisa, rigurosa y creativa, abrió rumbos a la investigación aún no totalmente aprovechados por los historiadores.⁶

La actitud de mirar hacia la historia que caracteriza a los grandes fundadores de la sociología, fue recibida y reelaborada en los EE.UU más tardíamente.

Después de la segunda guerra mundial, la sociología estadounidense estuvo fuertemente influida por las corrientes entonces dominantes en medios académicos: el pragmatismo y el estructural funcionalismo de Talcott Parsons. Orientada a poner de relieve los equilibrios sociales, y reacia a toda interferencia de la historia, se inclinaba a soslayar la consideración del cambio social. Suponía que toda la vida social se podría explicar, independientemente del tiempo y del lugar, en los mismos términos teóricos y por ello conceptualmente abstractos. Por otra parte, las teorías evolucionistas difundidas hacia fines de los cincuenta y durante la década del sesenta, identificaban el cambio social con la modernización y suponían que todas las sociedades “en desarrollo” deberían pasar por las mismas etapas.⁷

Cabe preguntarse por el contenido ideológico de estos planteos, ya que al no examinar los supuestos sobre los que se asientan, la sociología se transformó en una herramienta de legitimación y consolidación de las relaciones de poder predominantes en el sistema capitalista. En los tiempos más rípidos de la Guerra Fría, resultó funcional al liderazgo de los EE.UU, y en América Latina, a sus proyecciones sobre el área.

Por otra parte, en la URSS, la interpretación ‘stalinista’ de Marx también presuponía etapas evolutivas que se cumplirían en todas las sociedades, que desembocarían en el socialismo y finalmente en el comunismo.

Paralelamente, entre 1950 y 1980, los conflictos políticos internos en los EE.UU y los del mundo en general, suscitaban la inquietud por releer a los grandes clásicos de la sociología, a autores vinculados al marxismo no dogmático o a Max Weber. Fueron pocos y no todos de origen estadounidense quienes se interesaron por la problemática de la conciencia de clases en los procesos históricos, el cambio social y la comparación entre estructuras sociales, mientras reaccionaban frente a la insuficiencia de la sociología “oficial” vigente. Entre ellos estaban Theda Skocpol, N. Eisenstadt, Reinhard Bendix, Perry Anderson, Edward Thompson, Immanuel Wallerstein y Barrington Moore Jr. Skocpol señala también a Marc Bloch (a quien llama alternativamente historiador o sociólogo histórico) y a Karl Polanyi. Ante un fenómeno inicialmente marginal a los más consolidados medios académicos, nos surge la pregunta por las relaciones entre el sentido de su trabajo y su condición de lúcidos y críticos miembros de la sociedad estadounidense, en un país que proyecta su acción fuera de sus límites territoriales y ocupa todavía el espacio más central dentro del sistema capitalista.

A partir de la década del setenta, el estudio sociológico de la historia alcanzó un amplio reconocimiento. Sin embargo, nos queda la sensación de que algunos sociólogos históricos estadounidenses han tenido como referencia una doble vertiente: por una parte, una sociología

⁶ Abrams, Sartori y Morlino señalan que el método aún no ha sido plenamente aprovechado por la sociología histórica.

⁷ Un correlato en el campo del pensamiento económico lo constituye el planteo de Walt Rostow en cuanto a la supuesta validez cuasi-universal de las etapas del desarrollo, incluyendo el famoso “Take off”, que la realidad de la dependencia económica de extensas áreas del planeta se encargó de desacreditar.

aplicada a la resolución de cuestiones muy puntuales, que opera con datos empíricos, inclusive estadísticos, y que encara cada trabajo -a menudo encargado y financiado por empresas o instituciones- en función de necesidades prácticas y sin demasiadas ambiciones de arribar a explicaciones más abarcativas;⁸ por otra, una historiografía presuntamente ‘objetiva’, también atada a datos empíricos, que no examina sus categorías analíticas, no define con precisión los conceptos que utiliza, desconoce la teoría y no es capaz de hacer conscientes los supuestos sobre los que se asienta. Una historiografía, en fin, insuficiente para comprender los grandes procesos históricos.⁹ En la vereda opuesta, el trabajo desde teorías y conceptos cambia las perspectivas y las posibilidades heurísticas. La mirada hacia autores europeos es sugestiva al respecto. En este marco se comprende mejor el esfuerzo por constituir un área de estudios de más vuelo y mayor calidad científica.

Muchas de las preguntas formuladas por los clásicos perduran en el presente y han contribuido a delinear el objeto de estudio de la Sociología Histórica. Ésta aparece como continuadora de una tradición en la investigación, dedicada a comprender la naturaleza y los efectos de estructuras a gran escala y de procesos de cambio fundamentales, una búsqueda motorizada por la necesidad de contestar preguntas de base histórica en períodos en los que la vida social, tanto en pequeñas comunidades como en el conjunto del mundo, está tan sujeta al cambio y penetrada por conflictos. Frente a ello “los sociólogos nunca dejarán de elaborar [...] nuevas teorías e interpretaciones que destaquen la variedad de estructuras sociales, las restricciones de la época, las intersecciones de contextos estructurales y experiencias de grupo, y los eventos y acciones que se suceden en el tiempo” (Skocpol, 1991a: 5). Esa fuerte presencia de la orientación histórica en el análisis sociológico permitiría comprender cómo los patrones sociales pasados pueden ser o no relevantes para las alternativas y decisiones que impone el presente.

Consecuentemente, los estudios de Sociología Histórica preguntan por estructuras y procesos sociales ubicados en tiempo y espacio concretos, de manera que la temporalidad es imprescindible para dar una respuesta. Indagan en la interacción entre las acciones significativas y los contextos estructurales de los procesos históricos, a fin de comprender los resultados, intencionales o no, tanto en las vidas de los individuos como en las transformaciones sociales. Mediante la utilización rigurosa de la metodología comparativa, hacen resaltar las características particulares y variables de tipos específicos de estructuras sociales y de patrones de cambio. (Skocpol, 1991a: 1-2).

En este nuevo campo se han integrado aportes convergentes de la sociología y de la historia, aun cuando -como ya se ha señalado- se plantean en ello diversas posibilidades.

Theda Skocpol asigna un cierto predominio a lo sociológico. Un ejemplo de su enfoque lo constituye *States and Social Revolution*, estudio en el que aborda la relación entre las estructuras y los procesos de larga duración frente a las revoluciones. Analiza comparativamente tres grandes ejemplos históricos -la Francia borbónica de 1789, la Rusia zarista a partir de 1917 y la China imperial de 1911- todos los cuales experimentaron crisis revolucionarias debido a un conjunto de causas de carácter histórico y estructural, básicamente similares, a pesar de las diferencias que otros teóricos de la revolución podrían considerar esenciales. Sin embargo, también toma en cuenta la lógica de las diferencias, mostrando comparativamente los contrastes con el análisis de casos de control, tomados de la historia de Inglaterra, Prusia/Alemania y Japón, países donde a pesar de ciertas similitudes con los casos centrales de su estudio y a haberse dado situaciones revolucionarias, no se produjeron transformaciones revolucionarias exitosas. Introduce esos casos no para explicar sus propios patrones de conflicto político y de desarrollo, sino para fortalecer la línea principal de

⁸ Es sugestivo al respecto el comentario de Charles Tilly acerca de que no todos los sociólogos miran la explicación como un fin factible o laudable para sus investigaciones. (Tilly, 2000: 1)

⁹ Éste es sólo un interrogante, para cuya resolución sería necesario conocer directamente obras de autores estadounidenses que pudieran haber suscitado respuestas críticas de los constructores de la sociología histórica.

argumentación sobre las revoluciones sociales en los tres casos principales (Skocpol, 1991b: 380). Los contrastes ponen más de relieve las similitudes y las originalidades entre el grupo de casos seleccionados, algo que previamente y al respecto de la historia, ya había señalado Bloch.¹⁰

El objeto de estudio es pensado por otros autores con algunos matices diferentes pero siempre dentro de los grandes lineamientos de la construcción de la Sociología Histórica. Así, Philip Abrams plantea una integración mucho más estrecha entre sociología e historia. El presente necesita ser entendido como producto del pasado, pero al buscar explicaciones en la historia estamos a la vez mirando hacia la sociología, cuya explicación es necesariamente histórica. El mundo social presenta ‘dos caras’, de las que somos tanto creadores como criaturas, hacedores como prisioneros: un mundo que nuestras acciones construyen y que poderosamente nos constriñe, signado por su *facticidad*, que es “[la manera en la cual la sociedad es vivida por los individuos como un sistema de hechos, externo, dado, coercitivo, aun mientras los individuos se encuentran ocupados haciéndolo y rehaciéndolo a través de su propia imaginación, comunicación y acción”.

La cuestión central del análisis sociológico sería la resolución de esa paradoja descubierta por los fundadores de la sociología: que la acción social sea tanto algo que elegimos hacer como algo que tenemos que hacer, la acción y la estructura vinculadas por el tiempo, inseparablemente unidas al hecho de que la sociedad es una realidad esencialmente histórica. “Podemos construir nuevos mundos pero sólo sobre la base y en el marco de lo que quienes nos precedieron construyeron para nosotros. Sobre esa base y en ese marco, el contenido de nuestra actividad puede re-hacer o des-hacer las instituciones que nos rodean. Tanto la prefiguración de la acción por la estructura y la transformación de la estructura por la acción, ocurren ambas como procesos en el tiempo”. Es por esto que en su planteo historia y sociología se funden y que esta última puede responder preguntas tales como por qué el mundo es como es, por qué determinados hombres y mujeres toman determinadas decisiones y por qué tienen éxito o fracasan en sus proyectos.

En última instancia, la Sociología Histórica se ocupa de la relación entre el individuo -un agente con fines, expectativas y motivos- y la sociedad -un entorno coercitivo de instituciones, valores y normas- relación que se plasma en el mundo real de la historia. “Hacer justicia a la realidad de la Historia no es simplemente indicar la manera en que el pasado proporciona una base general al presente, sino tratar lo que la gente hace en el presente como una lucha para crear el futuro *a partir* del pasado, de entender que el pasado no es sólo la matriz del presente sino la única materia prima a partir de la cual puede construirse el presente.” (Abrams, 1982: 8).

Ante el problema de las relaciones entre historia y sociología el planteo de Jean-Claude Passeron es más complejo. Apoyándose en una metodología comparativa, observa que si bien la frontera entre ambas no llega a borrarse totalmente y evidencian distintas modalidades en el ejercicio del oficio, las dos tienen el mismo tipo de objeto, pues la diferencia ha sido vaciada por el intercambio que han hecho de sus propiedades teóricas. Su régimen epistemológico es el mismo: sus proposiciones dependen de una misma pertinencia, una ‘base empírica’ que da sustento a su convergencia, cuya construcción se deriva del curso histórico del mundo. Esto las coloca frente a “[...] un *hecho epistemológico principal*, el de la imposibilidad de estabilizar, aunque más no fuera provisoriamente, una teoría, es decir, *una lengua protocolar de descripción y de interpretación del mundo* [...]” (Passeron, 1986: 196).

He aquí planteado el problema del lenguaje, ese lenguaje que les impone el mundo histórico, que necesitan para analizar la problemática elegida como objeto de estudio y que tiene dos

¹⁰ Skocpol considera a Bloch y a Barrington Moore como sociólogos históricos analíticos, que orientan su investigación comparativa por problemas, por lo cual pueden decir más sobre las estructuras sociales y el cambio social que otros que reelaboran o argumentan desde paradigmas teóricos abarcadores (Skocpol, 1991a).

características lógicas: el carácter de los conceptos y el tipo de aserción que realizan sobre aquel mundo.

En primer término, sus conceptos –herramientas de trabajo fundamentales– son tipológicos, es decir, abstracciones incompletas o nombres comunes imperfectos, que “[...] deben su sentido descriptivo al hecho de conservar en diversos grados una referencia tácita a sus coordenadas espacio-temporales [...] (y) que bajo definiciones genéricas incapaces por sí mismas de mantener constante su sentido, disfrazan la intervención implícita de *deícticos* no enunciados pero indispensables para su funcionamiento semántico [...]”. En la comunicación son *cuasi-nombres propios*, o bien, si el nombre propio es un “identificador rígido”, los conceptos del lenguaje histórico y sociológico son “identificadores semi-rígidos” (Passeron, 1986: 196).¹¹

Es decir, son conceptos cargados de historicidad, expresados en palabras de larguísima trayectoria en las lenguas de raíz greco-latina o/y germánica, que yacen en textos de todo tipo y que requieren una constante resignificación en relación con el contexto histórico o/y la problemática específica a la que se refieran. Los ejemplos al respecto serían inagotables. Con sólo tomar en cuenta el léxico de lo que hoy son las ciencias políticas, se pone en evidencia que una parte considerable proviene del que usaron griegos y romanos que reflexionaron sobre el poder y que inclusive tuvieron una participación activa en la política de sus respectivos tiempos. Son términos cargados o “indexados” con una connotación, esa “referencia tácita” proveniente de sus propios orígenes históricos: aristocracia, oligarquía, tiranía, democracia, demagogia, hegemonía, dictadura, magistratura, república, ciudadanía, ley, institución, príncipe, imperio, autoridad, dominación y tantos otros, hasta el propio nombre de la política. Estos sustantivos permanecen y se han incorporado a las lenguas modernas. Su significado cambia (aunque no tanto como para que desaparezca toda conexión con el sentido de origen); cambia no sólo a lo largo de los procesos históricos, sino en sus usos entre nuestros contemporáneos, de lo cual no siempre se es del todo consciente. Cambia incluso hoy en el uso cotidiano, en la publicidad y en la política. Hurgar en el por qué nos llevaría hasta lo más profundo de las estructuras sociales, los diversos niveles de la temporalidad y las vinculaciones entre enunciados, enunciadores y relaciones de poder.

Los nombres designan. Ello lleva a reflexionar sobre su contenido conceptual y en cada caso, sobre los *deícticos* no enunciados expresamente y sus resignificaciones, sobre su recepción a través de largos procesos y las posibilidades de ser utilizados para analizar otras sociedades alejadas en el tiempo y/o el espacio. Su uso como instrumentos analíticos requiere el hacer conscientes y no perder de vista ni los deslizamientos de sentido, ni los diversos niveles de abstracción en que se puede situar el investigador para que sean válidos frente a diferentes situaciones o contextos temporales y espaciales. Exige también identificar los matices, las intenciones o concepciones encubiertas por su uso en el discurso, la carga semántica agregada en cada contexto histórico-social.

Allí entra a jugar la traductibilidad de cada concepto, que descansa en ese carácter de “identificadores semi-rígidos” señalado por Passeron. Traductibilidad que es condición esencial para poder ser utilizados en contextos para los cuales no han sido creados específicamente, pero que guardan algún tipo de analogía con el original; traductibilidad que también requiere la incorporación de algunas connotaciones propias del conjunto de objetos a analizar, a la vez específicas y genéricas.

Estas condiciones se extienden también a las más amplias categorías de análisis. Así, entre tantos casos, podríamos preguntarnos por un identificador semi-rígido, como ‘revolución’: ¿podrá construirse el concepto en un nivel tal de generalidad que sea abarcativo de las variantes tan notables que históricamente conocemos? O en un grado menor de abstracción: ¿para qué casos y en relación

¹¹ Ya Weber había destacado el carácter típico-ideal de los conceptos con que trabajan tanto la historia como la sociología.

con qué variables espacio-temporales podemos hacerlo con las categorías de “revolución pasiva” o “revolución conservadora”? Si luego nos situáramos en un área específica, como América Latina, enfrentaríamos problemáticas comunes a aquella, pero a la vez plasmadas en diversidad de casos particulares, tanto si planteamos qué es eso que llamamos “revoluciones de independencia”, como si nos preguntamos las condiciones necesarias para que la categoría de “revolución pasiva” sea un instrumento heurístico.¹²

Otro caso de identificador semi-rígido es el concepto de ‘Estado’, objeto de debate en las ciencias políticas. Resignificado el término a partir de la modernidad, cabe preguntarse si el hecho de aludir a una realidad nueva, invalida su uso para designar modalidades de ordenamiento del poder político históricamente anteriores. El debate pasa por una cuestión a precisar: si el punto de partida es una definición amplia o restringida del estado. El problema no es si éste existe como tal solamente desde la época moderna, sino más bien si entre el llamado estado moderno y los ordenamientos anteriores se encuentran semejanzas y diferencias, si deben resaltarse más unas que otras, cualquiera que sea el nombre que quiera darse a los distintos ordenamientos: implica ubicar los cambios más allá del léxico, en el paso de una forma de ordenamiento político a otra, en el señalamiento de elementos de discontinuidad y de continuidad, sin que pueda sorprender la aparición de un nombre nuevo.¹³

Por otra parte, historia y sociología también comparten la identidad del estatuto de sus aserciones sobre el mundo, sus pruebas o comprobaciones empíricas. “Ya que ningún enunciado histórico puede despojar completamente de sus coordenadas espacio-temporales (contextos más o menos amplios) las co-ocurrencias que enuncia como ligadas a la explicación, la universalidad ligada a las proposiciones generales de la sociología (o de la historia) es del orden de la ‘universalidad numérica’ y no del orden la ‘universalidad lógica’” (Passeron, 1986: 199). La generalidad de una proposición sociológica puede proceder del conjunto de enunciados singulares que resume; el contexto de la generalidad histórica es menos estricto que el de la singularidad de cada acontecimiento –pues convierte en equivalentes a *contextos similares*– pero ese conjunto de coordenadas espacio-temporales no es susceptible de proposiciones ‘lógicamente universales’.

El caso ya mencionado de la “revolución pasiva” en países latinoamericanos ejemplifica este tipo de aserciones: por más que se detecten variables y se las combine en el análisis, la originalidad de cada caso en su contexto histórico no puede ser agotada por ninguna enumeración de aquellas: su especificidad hace que no puede ser más que *designado* (Passeron, 1986: 199). Para explicar la riqueza de los diversos casos, se necesita un constante ir de la categoría a lo empírico, de lo análogo a lo específico y viceversa. Pero identificar una categoría analítica válida para analizar esa variedad de casos –análisis posible por sus analogías– nos coloca ante un instrumento esencial de la Sociología Histórica: el método comparativo.

¹² La “revolución pasiva” es un ejemplo del problema de la traductibilidad de las categorías de análisis. Enunciada por Vicente Cuocco en el siglo XVIII para el caso de Nápoles en contraste con la “revolución jacobina”, fue reformulada por Antonio Gramsci para explicar el proceso de la unificación y posterior modernización italiana, conducido por la monarquía del Piamonte, con el fuerte respaldo del estado a la alianza entre la burguesía del norte y los terratenientes del sur. Ansaldi la “traduce” para Latinoamérica, marcando su inicio en la crisis orgánica que se abre con los procesos de independencia, continuados en los de construcción del estado nacional, y unidos a transformaciones sociales concomitantes, mientras se va articulando la integración de estas áreas periféricas al sistema capitalista mundial. Estos procesos son coronados por la consolidación de los estados oligárquicos. No se transfiere mecánicamente la categoría, sino que se la convierte en útil herramienta analítica, atenta a la diversidad de casos. (Ansaldi, 1992: 45-65).

¹³ “[E]l término ‘Estado’ sustituyó paulatinamente [...] los términos tradicionales con que había sido designada hasta entonces la máxima organización de un grupo de individuos sobre un territorio en virtud de un poder de mando: *civitas* que traduce el griego *polis*, y *res publica*, con la que los escritores romanos designaban al conjunto de las instituciones políticas de Roma, precisamente de la *civitas*.” (Bobbio, 1998: 86-87). Para un amplio planteo de la cuestión y de los debates a que da lugar: Bobbio. 1998: 68-187.

En el análisis de los fenómenos sociales es particularmente necesario que el saber especializado no sea un conocimiento fragmentario que desemboque en el cuasi-agotamiento de un tema, desgajado de los contextos en los que logra sentido. Situar a “la parte” en relación con “el todo”, detectar a través del preciso conocimiento de un aspecto aquello que lo vincula a otra realidad más amplia, ser capaz de vislumbrar fenómenos más generales (de los cuales el objeto en estudio es un caso específico con rasgos propios pero que también expresa tendencias presentes en otras situaciones análogas) son condiciones de una comprensión cabal, que exige mirar hacia el conjunto. El método comparativo permite abordar la tensión y la mutua alimentación entre ambos polos.

En una línea luego valorizada por la Sociología Histórica, el trabajo de Marc Bloch señaló rumbos al respecto. Por su formación y trayectoria es un historiador compenetrado con las ciencias sociales, cuyos aportes son necesarios para una historia más humana que aquella otra con la que confronta, la centrada en acontecimientos de corto aliento, la que gira en torno a individuos involucrados en las batallas o en los conflictos hereditarios de las monarquías, la que se obsesiona por la cuestión de “los orígenes” sin que quede claro si estos son sólo un comienzo, un comienzo que explica o que es suficiente para explicar. La explicación en historia no puede prescindir del análisis de procesos sociales, constituidos en una dialéctica cambio/duración, cuya plena comprensión requiere del método comparativo.

Comparar es “[...] elegir, en uno o varios medios sociales diferentes, dos o más fenómenos que parezcan presentar entre ellos, a primera vista, algunas analogías, describir las curvas de sus evoluciones, comprobar los parecidos y las diferencias y, en la medida de lo posible, explicar unos y otras. En consecuencia hay dos condiciones necesarias para que, hablando históricamente, haya comparación: cierta similitud entre los hechos observados [...] y una cierta diferencia entre los medios donde se produjeron.” (Bloch, 1992: 64).¹⁴

Según el criterio de selección de los términos a comparar, se abren dos posibilidades.

Por un lado, confrontar sociedades distantes en el tiempo y en el espacio, de manera que las analogías no puedan explicarse por influencias mutuas ni por un origen común, modalidad muy utilizada por etnógrafos pero que también ha producido importantes resultados en la historia, en la que ha abierto nuevas direcciones de investigación y ha llenado lagunas de documentación mediante hipótesis fundadas en la analogía. En el caso específico de las civilizaciones mediterráneas griega y romana, la mirada antropológica ha descubierto otra cara, la otredad oculta o subyacente, elementos de ‘primitivismo’ disimulados detrás de testimonios que hasta entonces sólo habían sido estudiados desde las perspectivas de la educación humanística basada en los textos de filósofos y poetas.

Por otro, estudiar paralelamente sociedades a la vez cercanas geográficamente y contemporáneas en sus procesos históricos, constantemente influidas unas por las otras, y por eso mismo afectadas por la acción de las mismas grandes causas, provenientes, al menos parcialmente, de un origen común. Es una modalidad con mayores posibilidades de clasificar con rigor y de llegar a conclusiones más precisas, y también la más acorde con la índole de sociedades que más allá de sus diferencias coexisten en el espacio y en el tiempo, y comparten raíces comunes (Bloch, 1992: 66). En su campo específico de estudio - las sociedades medievales de Europa occidental y central - ofrecen material para ejemplificar esta modalidad y su potencial explicativo: se han formado en largos procesos más o menos paralelos en el tiempo, situados en espacios vecinos que aquellas, actuando sobre el medio natural, han contribuido a modelar y entre los cuales ha habido múltiples intercambios e influencias.

¹⁴ El texto original de este trabajo fue publicado por la *Revue de Synthèse historique* en 1928, reproduciendo una comunicación efectuada poco antes en Oslo por el autor, ante el V Congreso Internacional de Ciencias Históricas.

Si bien no incursiona en otras áreas de la investigación histórica, deja abierta la posibilidad de que otros historiadores empleen el método para estudiar otros espacios y tiempos. En el ámbito del mundo antiguo, lo ha hecho Finley en sus estudios comparativos entre la polis griega y la ciudad-estado de la Roma republicana. Igualmente, al descifrarse desde 1952 las tablillas de los archivos micénicos, la hipótesis de la “economía de palacio”, formulada por él a partir de analogías entre la información obtenida de esos testimonios y los palacios mesopotámicos, permitió llenar lagunas de documentación y llegar a una comprensión de conjunto de la sociedad micénica, diferenciándola de modalidades de organización social hasta entonces conocidas en la historia europea.

Para etapas históricas más recientes, historiadores y sociólogos históricos así lo han hecho al abordar el estudio de procesos en América Latina, tales como la formación de los estados nacionales, los diferentes procesos de integración de los espacios al sistema capitalista o, para tiempos aún más cercanos, las dictaduras en el Cono sur, las transiciones a la democracia o la problemática generada en estos países por las políticas neoliberales en el capitalismo globalizado de fines del siglo XX.

La comparación puede hacerse tanto entre casos análogos, como diferentes, contrastantes. Cada caso, cada proceso, logra su cabal comprensión sólo a través de la comparación: la confrontación identifica cuestiones antes ocultas, que estimulan el planteo de problemas y la formulación de hipótesis que orientan la búsqueda de explicaciones sustentables. Las comparaciones entre patrones regionales permiten descartar generalizaciones abusivas, pero también posibilitan llegar a mecanismos causales que puedan rastrearse en más de un caso específico.

Tempranamente, Bloch insiste en que el especialista debe interesarse en conocer qué se investiga en otros ámbitos de su disciplina y en particular, en temáticas vecinas. Es particularmente crítico con aquellos eruditos que se encierran estrictamente en un tema o área y que pierden de vista o desestiman su comprensión dentro del conjunto mayor del que han sido extraídos. Una actitud abierta sugiere preguntas acerca de aspectos que no se perciben si la mirada se circunscribe a solo caso; permite detectar las pistas falsas y tomar conciencia de que el objeto de su investigación – un recorte extraído de un conjunto – no es absolutamente único, sino que pueden existir casos análogos que sin subestimar las diferencias, permitan ubicar en su justo sitio al fenómeno estudiado.

Sus observaciones sobre el nivel de las fuentes a utilizar son válidas para la Sociología Histórica y el análisis comparativo. Las primarias son las que tradicionalmente ha utilizado el historiador, pero mucho más diversificadas, ya que todo testimonio de la acción humana puede ser construido como fuente; también el sociólogo, cuando aborda problemas específicos trabaja con este nivel. Pero dada la imposibilidad de relevarlas a todas para una determinada cuestión, historiadores y sociólogos deben recurrir a las secundarias (las que son producto de la acción de intermediarios entre el hecho original y el investigador) o a los trabajos de investigación ya hechos a partir de las primarias.

La Sociología Histórica utiliza el método comparativo con diversas modalidades y atendiendo a tiempos de diferente duración. Así, en “Las fuentes del poder social”, Michael Mann lo aplica a procesos sociales del pasado, inclusive remoto, aunque lo hace condicionado por sus inquietudes del presente. Es una obra sociológica, que se propone exponer una teoría global del poder centrado en el cambio social, a partir de un aparato conceptual que resume en dos afirmaciones: las sociedades están constituidas por múltiples redes socioespaciales de poder que se superponen y se intersectan; las fuentes del poder social son cuatro: ideológicas, económicas, militares y políticas. Pero es también un trabajo anclado históricamente, para el que ha consultado abundante bibliografía histórica. Ambas disciplinas se necesitan mutuamente, dado que la teoría sociológica no puede desarrollarse sin un conocimiento de la historia, pero si se renuncia a la teoría de cómo funcionan las sociedades, los historiadores “[...] quedan prisioneros de los lugares comunes de su propia sociedad”. La teoría sociológica los “disciplina” en la selección de datos, pero también la historia permite al sociólogo,

siempre proclive a la abstracción conceptual y a la generalización, “[...] restablecer un poco de respeto por la complejidad y terquedad de los hechos”. Es decir que ambas, sociología e historia, se controlan mutuamente y “[...] seguimos zigzagueando entre la teoría y los datos hasta que establecemos una explicación plausible de cómo ‘funciona’ tal sociedad, en tal momento y lugar” (Mann, 1991: 1-10).¹⁵

El período abarcado es enorme: las sociedades agrarias, desde la prehistoria hasta 1760 d. C. en el primer tomo y las sociedades industriales en el segundo. Emplea el método comparativo, por ejemplo, para estudiar procesos del mundo antiguo, como cuando contrasta los *imperios de dominación* (caldeos, persas) con el primer imperio auténticamente *territorial*, el romano.. Su planteo le lleva a un estudio de la infraestructura del poder, de los medios de dominación sobre territorios y sociedades, aspecto particularmente logrado en el caso romano, asentado sobre la “economía legionaria” y el poder de una clase dominante culta que coopta a las *élites* de los territorios conquistados. Sin embargo, a medida que avanza en el tiempo, va reduciendo el ejercicio comparativo, lo que le ha valido críticas.¹⁶

Pero la Sociología Histórica tiene particular interés por los procesos de cambio social contemporáneos. Al respecto, uno de los ejemplos mayores de manejo del método comparativo es el de Barrington Moore Jr., en “Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia”. A fin de explicar los procesos de transformación del poder político, compara países en los que el tránsito desde las sociedades agrarias del ‘Antiguo Régimen’ a las industriales, se ha producido a partir de bases sociales diferentes (en las que juegan un rol fundamental las estructuras de la propiedad agraria) y en tiempos también distintos. Para ello identifica variables independientes que al combinarse y transformarse bajo ciertas condiciones específicas, han conducido a diferentes tipos de organización política y constituyen herramientas orientadoras en su investigación. Señala tres vías, que respectivamente han desembocado en un capitalismo democrático (Inglaterra, Francia, EEUU); en un capitalismo conservador con transformaciones ‘desde arriba’ en la sociedad (Prusia, Japón, Italia); o en el comunismo (Rusia, China). Analiza la violencia y las revoluciones según las condiciones específicas de cada caso –aunque también en sus analogías- ya en su modalidad burguesa, ya como revoluciones conservadoras, ya como movimientos de masas campesinas. En sus análisis vincula las estructuras y las relaciones de clase con los resultados políticos, estableciendo tendencias generales, pero que no se pueden reducir a fórmulas o modelos. (Bonnell, 1980).¹⁷

También en la tónica de recurrir al método comparativo para dilucidar fenómenos históricos contemporáneos, para Charles Tilly es un auxiliar fundamental para abordar los procesos políticos, movimientos complejos cuyo análisis significa *descripción y explicación sistemáticas de los procesos sociales que involucran gobiernos, procesos cuyo carácter varía significativamente en función de su localización en espacio y tiempo*. Explora mecanismos y procesos robustos, para lo cual construye un aparato conceptual que obra

¹⁵ El tomo III sobre su teoría del poder no ha sido publicado aún, aunque desde el primero hace adelantos al respecto.

¹⁶ “Mann realiza una única y continua genealogía del poder. Pasa de Sumer a la City londinense en un dilatado relato que se desarrolla sin interrupciones desde Mesopotamia hasta la Europa moderna. Elabora una teoría de esta sucesión como el ‘macromodelo’ de una ‘deriva a largo plazo’ [...] del ‘límite más activo de la civilización’ hacia Occidente y en especial, al Norte de Occidente”, hacia donde estaría orientada esta “peregrinación metahistórica del progreso”. Esto explicaría algunas dificultades de la obra tales como su reticencia a usar la comparación a partir de la época medieval y la marginación del Oriente. (Anderson, 1990: 128-129). En otro plano, el tratamiento de la *polis* griega es, en opinión de la autora de este trabajo, uno de los temas más débiles. Resulta también cuestionable el concepto de clase social que utiliza.

¹⁷ El libro de Moore merecería por sí solo un análisis completo en cuanto a su metodología y al tratamiento de cada uno de los casos que estudia, lo que no es posible en una mirada de conjunto como la que intenta hacer este trabajo. Además, reconozco mi deuda al respecto de un mejor conocimiento que haga justicia al autor.

como marco referencial: *episodios* (conjuntos conectados de hechos que constituyen fenómenos que requieren explicación), *mecanismos causales* (hechos que alteran relaciones entre algunos conjuntos específicos de elementos), *procesos* (cadenas causales, secuencias y combinaciones), *explicación* (identificación de mecanismos y procesos que producen fenómenos políticos cruciales).

Estos conceptos son herramientas usadas para organizar el estudio de hechos políticos concretos y analizar los movimientos sociales, la conflictividad y las acciones de protesta colectiva, así como las modalidades de identificación, integración y pertenencia dentro esos movimientos. En un conjunto de episodios ostensiblemente disímiles, detecta tanto los rasgos desconcertantes como las analogías.¹⁸

La desintegración de la Unión Soviética le plantea dilemas y le ofrece materia prima para su investigación. En la transición que siguió a la caída del régimen, observa la supervivencia y transformación de elementos que en su momento habían prestado cohesión al sistema soviético, pero que una vez producido su derrumbe generaron, por una parte, la atomización del territorio en torno a nacionalidades, y por otro, nuevas formas de poder. De ahí las preguntas problemáticas: ¿cómo una economía política que parecía tan sólida, centralizada, autoritaria y plena de recursos pudo desintegrarse visiblemente en cinco o seis años?; ¿por qué en gran medida la acción creadora de demandas conflictivas tomó la forma de la autoafirmación étnica y nacional?; ¿cómo tantos poseedores de poder del viejo régimen reaparecieron en otras posiciones también de poder después de la gran transformación? La intersección de cuatro mecanismos robustos: espirales de oportunidad, cambio de identidad, competencia y *'brokerage'*¹⁹ le proporciona respuestas parciales. La gran complejidad de este caso —que acontecimientos muy recientes muestran no estar en absoluto agotada²⁰— le posibilita ejemplificar cómo aborda su *análisis de procesos* históricos y examinar explícitamente cómo las interacciones sociales en espacio y tiempo tropiezan unas con otras. Esas interdependencias temporales y espaciales definen los procesos sociales, y su comprensión conduce efectivamente hacia la explicación histórica.

Los ejemplos antes mencionados ponen de relieve el peso fundamental del método comparativo para la investigación en sociología histórica. Es una metodología exigente, que se mueve en la larga duración y en niveles de generalización tales que - a partir de la definición de conceptos y categorías de análisis, la identificación de problemas y la formulación de hipótesis - busca explicar amplios procesos en los que juegan múltiples variables, todo lo cual requiere trabajar con criterios de rigurosidad.²¹

Esa función de control plantea inmediatamente otras cuestiones. En primer término: ¿qué controlamos? ¿Controlamos leyes? ¿Qué tipo de leyes, ya que las ciencias sociales no pretenden

¹⁸ Tilly marca el contraste con aquellos sociólogos que no avanzan mucho más allá de la descripción de los fenómenos que estudian. Los comentarios se refieren a su trabajo "Historical analysis of political processes" (Traducción: M. L. Milia).

¹⁹ En inglés: *'opportunity spirals, identity shift, competition, brokerage'*. *'Competition'* está empleado en el sentido de 'rivalidad' u 'oposición'; *'brokerage'* sería el espacio construido por un *'broker'*; en este contexto, un actor o elemento que desempeña un rol clave en la conexión política entre diversas instituciones o/y actores. La palabra no tiene traducción al español.

²⁰ Basta pensar en los conflictos de Chechenia, Georgia y Osetia del sur, que son a la vez tributarios del pasado de la URSS e indicadores del rol que Rusia elige desempeñar en las relaciones internacionales y frente a otras potencias.

²¹ Las distorsiones ocurren en ciertos usos vulgares de la comparación, cargados de intencionalidad manifiesta o subyacente, que observamos a diario en argumentos que intentan legitimar o defender intereses diversos o posiciones políticas, en expresiones de los medios de comunicación masiva e inclusive en las relaciones de la vida cotidiana. Cobran peso en tanto contribuyen a consolidar supuestos y a moldear mecanismos de pensamiento y acción individuales y colectivos que se asumen acríticamente, incluso unidos a una carga emocional y que por lo tanto resultan difíciles de modificar. El presente de nuestro país sobreabunda en ejemplos de este tipo.

formular leyes universales? El control está referido a leyes de probabilidad, entendidas no en el sentido estadístico sino en tanto expresan tendencias. Estas leyes son “[...] generalizaciones (regularidades) *explicantes*, que implican [...] una comprensión fundada sobre causas”, es decir generalizaciones provistas de *poder explicativo* que expresan una regularidad (Sartori, 1994: 31-41).²²

Luego, qué es comparable (respecto a qué propiedades o características) y qué no lo es (respecto a qué otras propiedades o características). Se compara entre entidades que poseen atributos en parte compartidos y en parte no compartidos y para hacerlo es necesario clasificar, es decir determinar los criterios para ordenar un universo en clases mutuamente excluyentes, identificar similitudes y diferencias.

Si bien ‘igual’ es una noción relativa, dos objetos que pertenecen a la misma clase son más similares entre sí –respecto al criterio de clasificación preseleccionado– que los objetos que pertenecen a otras clases. Los grados de similitud son muy elásticos: cuanto mayor sea el número de clases que defina quien clasifica, menor será su variación interna, y viceversa: de su decisión dependerá que esas clases sean más inclusivas o más estrechas. (Sartori, 1994: 35-36)

Preguntarse *en qué aspecto(s)* algo puede ser comparable, también significa hacer conscientes y explicitar los diferentes niveles de abstracción en que quien compara se sitúa y sitúa a los objetos de su análisis.

Cometer graves errores en la observación de la realidad, en la conceptualización y en la clasificación de los fenómenos, puede llevar a construir un pseudo-objeto de investigación, una combinación artificiosa de elementos que no existe como tal y al respecto de la cual se formulan hipótesis imposibles de demostrar, se distorsiona la comprensión y se llega a vías muertas. Tal ficción nace de cuatro fuentes que se refuerzan entre sí: el parroquialismo (estudiar un solo caso ignorando las categorías de análisis que permitirían encuadrarlo en teorías generales y creando arbitrariamente una terminología inadecuada); la clasificación incorrecta (mezclar criterios, que lleva a incluir en una misma clase a entidades incompatibles); el gradualismo (considerar ‘a priori’ todas las diferencias como de grado y establecer arbitrariamente los puntos de división); el *concept stretching* o estiramiento de los conceptos, hasta diluir la significación o incluir significaciones diferentes en un mismo término (Sartori, 1994: 36-37).²³

Para comparar explícita y conscientemente, el investigador debe hacer opciones.

En primer lugar, identificar el problema de la investigación: definir qué desea saber, explicar o comprender. Las “preguntas” que se prestan mejor a la comparación –dice Morlino– son las más generales y afectan a instituciones, grupos sociales, normas, analizados en sus relaciones y en el contexto en que se forman y permanecen. Antes o después de seleccionar los casos o el período a analizar, dada la interrelación entre datos y teoría, es esencial precisar lo conceptual, para clasificar correctamente e identificar las variaciones empíricas del fenómeno en los diferentes casos.

La clasificación permite individualizar los casos comparables y usar correctamente la escala de abstracción; hacerlo “significa trasladarse desde conceptos, clases e hipótesis más generales y empíricamente inclusivos, a conceptos, clases e hipótesis más particulares y exclusivos (o viceversa) según reglas precisas de transformación: a mayor extensión o inclusividad corresponde menor intención o espacio de los atributos”. Esto posibilita controlar sucesivamente las hipótesis: primero en el mismo nivel de abstracción para todos los casos en examen, y luego a diferentes niveles de abstracción. “Permite formular así hipótesis más generales pero frecuentemente más significativas, o bien, al contrario, articular las mismas hipótesis, especificándolas a medida que se desciende en el

²² Sartori y Morlino trabajan específicamente en ciencia política, pero consideran que la misma lógica de la comparación es válida para todas las ciencias sociales, razón por la cual tomamos algunas referencias de su metodología.

²³ Sartori sintetiza este problema en el ejemplo del “perro-gato”, una entelequia compuesta por fragmentos yuxtapuestos cuya sumatoria no tiene correlato en la realidad.

detalle de los casos y (que) las variables consideradas aumentan, mientras disminuyen los potenciales referentes empíricos” (Morlino, 1994: 17-18).

Una investigación comparativa exige una estructura teórica o al menos una serie de hipótesis relacionadas que pueden obtenerse de estudios previos. Cuanto más coherente y sólida sea esa construcción teórica, mayores serán las posibilidades de orientar la selección de problemas y de focalizar la investigación. Teoría e hipótesis son “brújulas” conductoras que permiten afirmarse en un camino o rectificarlo si fuere necesario: una definición y un planteo del problema a estudiar, una hipótesis que sirva provisoriamente de guía y que demande una demostración o en su defecto, su modificación o el reemplazo por otra. Una misma problemática puede dar lugar a varias hipótesis, por lo cual la comparación necesita medios de control para definir cuál de ellas posee mayor valor heurístico.

Precisar los criterios de comparación, exige también definir otras decisiones:

- Cuál es el espacio, es decir la dimensión horizontal de lo que se compara: qué casos incluir en la investigación; pero también cómo concebir el espacio geográfico, construido a lo largo del tiempo en la dialéctica entre dos polos: los componentes naturales, los componentes sociales.

- Cuántos casos: si el supuesto subyacente es la identificación entre la lógica de la comparación y la de la estadística, deberían ser más, pues habría que buscar variaciones para explicar más rigurosamente las relaciones causales; si en cambio a la comparación se le atribuye una identidad lógica exclusiva, un mayor número de casos puede aumentar las dificultades de la investigación, porque quedarían más variantes significativas fuera de las hipótesis que se desea controlar y se requeriría mayor esfuerzo para relevar datos.

- En qué tiempo, o sea la dimensión longitudinal: la extensión del período a considerar y las variables que se incluyen en él. Pueden elegirse diferentes casos simultáneos (comparación sincrónica), diferentes momentos sucesivos en un mismo proceso o casos diferentes en momentos diferentes (comparaciones diacrónicas). Las más significativas consideran el desarrollo del fenómeno estudiado en un período más bien largo y distintos casos dentro de él. Una vez seleccionado el período, pueden observarse simultáneamente la dimensión espacial y la temporal en diferentes casos. Esta definición de tiempos es mucho más que una cuestión operativa. Aunque las dimensiones a trabajar corresponden en general a procesos de larga duración, otros necesitan ser analizados articuladamente con una duración menor. Tampoco es correcto reducirse a ésta última, pues implicaría quedar atrapado en lo accidental o lo meramente individual; en todo caso, es importante precisar el valor de lo individual, de lo fáctico, en tanto sea indicio de tendencias más prolongadas o profundas, sin negar por ello la originalidad de cada ejemplo particular.

- Qué variables considerar: para una mayor precisión, se puede disminuir su número, reduciendo el “espacio de atributos” (el conjunto de características que especifican una clase o tipo); si se ponen los casos y los datos relativos en un número menor de clases, se aumenta el nivel de generalidad, incrementando así el número de los casos pertenecientes a una cierta clase. Es fundamental identificar qué se deja afuera, qué se omite: no confundir “la parte” con “el todo”, lo que también es un medio de control. Cuando se llega a las conclusiones, el hecho de retomar lo que provisoriamente quedó a un lado puede significar ponerlas en cuestión y plantear nuevos problemas.

- Cómo comparar: si subrayar las diferencias en contextos similares o las analogías en sistemas diferentes; si se eligen sistemas *más semejantes* (lo que supone una homogeneidad que permita dejar de lado muchas variables comunes, presuntamente irrelevantes para explicar las

diferencias entre los casos) o se trabaja con sistemas *más diferentes* (en los que todas las variables son distintas, salvo la que interesa investigar, por lo que se supone que la clave explicativa no estaría en los factores sistémicos).

- Cómo resolver el problema de la medida en que una regla puede soportar excepciones, dado que en ciencias sociales no es válida la determinación causal, sino la *indeterminación causal*: una o dos excepciones pueden debilitar la ley, pero no son suficientes para anularla. Para ello se puede reducir el ámbito de aplicación de una ley precisando más las condiciones (no sólo las suficientes, sino sobre todo las necesarias); o bien reformularla de tal manera que pueda incorporar las excepciones. Agotadas estas posibilidades, la ley podrá ser salvada explicando las excepciones mediante argumentos *ad-hoc*. (Sartori, 1994: 41-42)

De todo lo expuesto surge que desde diversas modalidades de abordaje, la Sociología Histórica está hoy explorando y abriendo espacios integradores. El creciente y diversificado ámbito de trabajo y la necesidad de explicar recurriendo a las lógicas analíticas de disciplinas que comparten los procesos sociales en el tiempo como terreno común, pone en descubierto la imposibilidad de que un investigador individual aislado pueda manejar conocimientos, metodologías y tiempos materiales de dedicación tan amplios como lo exigen las grandes comparaciones y el análisis macrocausal. La formación de equipos de trabajo adquiere así importancia no sólo a los efectos prácticos, sino también como instancia generadora del enriquecimiento de los planteos.

La realidad de hoy pone en la agenda de trabajo de la Sociología Histórica la exigencia de comprender sistémica e históricamente el mundo: “[...] es difícil imaginarse la construcción de cualquier análisis válido del cambio estructural a largo plazo que no conecte las alteraciones particulares, directa o indirectamente, a los dos procesos interdependientes de la época: la creación de un sistema de estados nacionales y la formación de un sistema capitalista mundial. Nos enfrentamos al reto de integrar grandes estructuras, amplios procesos e inmensas comparaciones en la historia” (Tilly, 2000: 177).²⁴

La Sociología Histórica encierra el potencial para que miradas atentas y críticas enfrenten este desafío y contribuyan a generar explicaciones superadoras de las limitaciones de toda disciplina trabaje en soledad.

Bibliografía

Abrams, Philip (1982): *Historical Sociology*, Cornell University Pres, Ithaca.

Ansaldi, Waldo (1992): “¿Conviene o no conviene invocar al genio de la lámpara? El uso de las categorías gramscianas en el análisis de la historia de las sociedades latinoamericanas” en: *Estudios sociales*, N° 2, primer semestre, Santa Fe, Departamento de Extensión Universitaria, Universidad Nacional del Litoral, pp. 45-65.

Ansaldi, Waldo (2007): “Sociología Histórica”, Universidad Nacional del Litoral, Facultad de Humanidades y Ciencias, Programa del Seminario de Posgrado (Carrera de Sociología).

Bloch, Marc (1992): “Por una historia comparada de las sociedades europeas”, en Gigi Godoy y Eduardo Hourcade, *Marc Bloch. Una historia viva*, Los fundamentos de las Ciencias del Hombre 65, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, pp. 63-98.

²⁴ La discusión de lo que significa a comienzos del siglo XXI “un sistema de estados nacionales” nos llevaría muy lejos, y entre otras cuestiones, exigiría precisar qué estados, incluidos en qué espacio geográfico, en qué período de tiempo, en qué posición relativa dentro del sistema capitalista, y seleccionar qué variables entraríamos a considerar a efectos de una comparación. Podríamos delimitar varios conjuntos, todos ellos incluso en el sistema mundial, pero en diferentes posiciones de poder. Por otra parte, a nivel de cada estado, las tendencias autonomistas hacen dudar en ciertos casos del arraigo que haya alcanzado la cualidad de “lo nacional”; así, por ejemplo, las situaciones de Bolivia, de los territorios de los Balcanes o del Cáucaso, dan mucho que pensar al respecto.

La sociología histórica, una respuesta a un desafío: explicar estructuras y procesos...
María Leonor Milia

- Bobbio, Norberto (1998): *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Buenos Aires, FCE, 1ª reimpresión en la Argentina.
- Bonnell, Victoria (1980): "The Uses of Theory. Concepts and Comparison in Historical Sociology", en *Comparative Studies in Society and History*, vol. 22, num. 22, abril, pp. 156-173.
- Burguière, André, director (2005): *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*, Madrid, Akal.
- Finley, Moses (1984a): "La ciudad antigua, de Fustel de Coulanges a Max Weber y algo más", en Moses Finley, *La Grecia antigua: economía y sociedad*, Barcelona, Crítica, pp. 35-59.
- Finley, Moses (1984b): "Los archivos de los palacios micénicos", en Moses Finley, *La Grecia antigua: economía y sociedad*, Barcelona, Crítica, pp. 225-240.
- Mann, Michael (1991): *Las fuentes del poder social, I. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d. C.*, Alianza Editorial, Madrid.
- Morlino, Leonardo (1994): "Problemas y opciones en la comparación", en Giovanni Sartori y Leonardo Morlino, (compiladores), *La comparación en las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 13-28.
- Passeron, Jean-Claude (1986): "A Histoire et sociologie: identité sociale et identité logique d'une discipline", en *Historiens et sociologues aujourd'hui. Journées d'Études annuelles de la Société Française de Sociologie, Université de Lille I, 14-15 juin 1984*, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, París, pp. 195-208.
- Sartori, Giovanni (1994): "Comparación y método comparativo", en Giovanni Sartori y Leonardo Morlino, (compiladores), *La comparación en las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, pp. 29-49.
- Skocpol, Theda (1991a): "Sociology's Historical Imagination", en Theda Skocpol (ed.), *Vision and Method in Sociological History*, Cambridge University Press, Cambridge, New York, reprinted 1991, pp. 1-21.
- Skocpol, Theda (1991b): "Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology", en Theda Skocpol (ed.), *Vision and Method in Sociological History*, Cambridge University Press, Cambridge, New York, reprinted 1991, pp. 356-391.
- Tilly, Charles (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Alianza Editorial, Madrid.
- Tilly, Charles (2000): "Historical analysis of political processes", en Turner, Jonathan, ed.: *Handbook of Sociological Theory*, Plenum, New York.
- Wickham, Chris: "Materialismo histórico, sociología histórica", en *Zona Abierta* (1991), N° 57/58, Madrid.